

EL PUEBLO NUEVO

Los caminos y las corrientes han sido siempre el tope a la expansión de las construcciones y Alcázar tiene las mejores pruebas de ello con la Estación y con los arroyos, pero todo organismo al crecer rompe el zurrón en que se engendró, arrojando los riesgos que implique su manumisión y Alcázar se saltó las corrientes por lo más fácil, por los puntos más llanos de la Plaza, del Altozano y del Arenal, para tomar las cuestas arriba y apartarse de los peligros de las corrientes creándose el amparo de los templos para el nuevo caserío, Santa Quiteria y la Trinidad y su cementerio de San Sebastián en las alturas.

El pueblo nuevo nos ha llegado en toda la pujanza de su juventud ofreciendo al observador el soberano contraste de las leyes de la creación, el orgullo juvenil y la resignación de la senectud, el alejamiento de la crecida y la caída de lo que se pudrió para alumbrarla, que en Alcázar, oreada su mente con los aires del mundo, ha sido olvido y desdén, porque el viajero, deslumbrado por las lentejuelas que circulan, no vió la trama en que se prendían y se sintió humillado por su ajuar y por su casa, cuya pobreza no supo apreciar, y los tiró.

¡Qué soberana lección recibirá el que se siente en una pasaera de la Plaza a ver correr el agua, observando de dónde viene, a dónde va y lo que deja a uno y otro lado! Presentirá el pueblo viejo, traspuesto y oculto por las bruñidas cristalerías, no remendado como los pantalones de un yesero, que sería lo natural, sino salpicado el traje de pretendidos adornos, discrepantes y pretenciosos. No hay remiendos del mismo paño ni piezas tan bien echadas que nadie las note salvo por el color que le da el uso y el tiempo. Se ha olvidado el remendar y el zurcir y todo lo del hogar y el hombre pensativo de las pasaeras, aturdido por los ruidos y el bullicio que tiene detrás, se ampara en su propio pensamiento con ganas de volverse atrás del arroyo y no volverlo a pasar. Pero dejémosle en sus maquinaciones y veamos por dónde se fueron los nuevos pobladores que empezaron por instalarse en las corrientes, haciendo la Mina, la calle de San Francisco, la Corredera y la calle de Toledo.

La Mina, cuya corriente imponía y constituía un obstáculo insalvable muchas veces, necesitó extenderse enseguida y se formaron las calles de Pascuala, Cruces y Virgen, esta última, como ya se ha dicho, creada en realidad por el culto a la Virgen instalada en el convento de las Monjas de la Concepción.

La calle Pascuala fue la primera en formarse y seguramente la más favorecida por la vecindad, calle de pastores y de amos. Don Francisco José de Resa y Marañón tenía allí dos casas, una en cada acera, una al poniente y otra al saliente, una de bienes vinculados por don Alonso Díaz Maroto y otra de bienes libres.

Don Pedro José Rioja, de los bienes vinculados por don Juan Maroto del Río, tenía oficinas de labor, cuatro destetes para ganado mular, bodega con dos tinajas que cabían 120 arrobas y situación al saliente, lindando por detrás con la Mina, que pudiera ser la de Cartagena.

Son en total unos 22 propietarios y entre los linderos están muchos